

Patricia B. McConnell

AL OTRO

EXTREMO

DE LA

CORREA

Por qué a veces nosotros no entendemos a los perros  
y ellos tampoco nos entienden a nosotros



¿Cómo es posible que su perro se sienta con toda parsimonia cuando usted le está pidiendo que venga a toda prisa? ¿Por qué ladra todavía más fuerte cuando usted le dice que deje de hacerlo («calla, calla, ¡CÁLLATE!»)? ¿Por qué será que le mira con esa cara de sufrida resignación cuando usted le está felicitando con efusivos abrazos o cariñosos golpecitos en la cabeza?

Para Patricia B. McConnell, etóloga especialista en comportamiento canino con más de veinte años de experiencia, la razón es muy simple: nosotros actuamos como primates y nuestros perros como cánidos (que al fin y al cabo es lo que somos, unos y otros). Hablamos con códigos diferentes e interpretamos los signos del otro sin ni siquiera sospechar todo lo que se llega a perder en la traducción. Y su perro quizás no es que sea desobediente, sino que no tiene ni la más remota idea de lo que usted le está pidiendo.

«Sencillamente, al otro lado de la correa es el mejor libro que he leído sobre adiestramiento de perros: humano, comprensivo, inteligente y... ¡asombrosamente original!».

JEFFREY M. MASSON, autor de *Dogs Never Lie About Love*.

«Debería ser una lectura obligatoria para todas las personas que comparten su vida con un perro».

STANLEY COREN, autor de *How to Speak Dog*.

«Patricia McConnell entiende el comportamiento de los perros y de sus amos del mismo modo en que Jane Goodall entiende a los chimpancés... Una lectura obligada para todos los que sujetan un extremo de la correa».

CHARLES T. SNOWDON

Director del Departamento de Psicología

Universidad de Wisconsin-Madison

Ex-Presidente de la Sociedad de Comportamiento Animal

Editor de *Animal Behavior*

«El único problema de este libro es que una vez que empiezas a leerlo resulta imposible dejarlo».

WAYNE HUNTHAUSEN

Doctor en Medicina Veterinaria

Director de *Animal Behavior Consultations*

Coautor de *The Handbook of Behavior Problems of the*

*Dog and Cat*

«Patricia McConnell ha escrito sobre lo que necesitamos saber acerca de la relación humano-canina... Este libro, divertido y bien escrito, nos dice qué es lo que debemos hacer y qué es lo que debemos evitar basándose en el conocimiento adquirido en los años que lleva dedicada al estudio de los perros y de los primates con quienes comparten su vida».

FRANS de WAAL

Doctor en Filosofía

Autor de *The Ape and the Sushi Master*

«Un libro que llegará a convertirse en un clásico. La claridad, la capacidad de percepción, la gracia y el humor de McConnell brillan en todas y cada una de sus páginas».

CLAUDIA KAWCZYNSKA

Jefe de Redacción de la revista *Bark*

*A mis padres*

## NOTA DE LA AUTORA

Todas las personas y todos los perros que se describen en este libro se basan en personas y perros reales. Pero los problemas familiares son cuestiones muy íntimas, ya sea que estén relacionados con los perros o las personas o con ambos, de modo que para proteger la privacidad de las personas he cambiado los nombres de todos los perros (excepto el de los míos) y de todos los clientes que menciono en este libro. Es indudable que muchos de mis clientes se reconocerán en algunos de los casos que describo porque un gran número de los problemas que he visto son comunes a cientos, y tal vez miles, de dueños de perros. Si le parece que se reconoce o que reconoce a su propio perro, debe saber que no es el único, ya que probablemente he visto decenas o cientos de personas y perros con los mismos problemas. A menos que, por casualidad, se sienta orgulloso de ser mencionado en el libro, en cuyo caso *sin lugar a dudas* se trata de usted.

Unas palabras de advertencia y un consejo alentador: si tiene un problema de comportamiento serio o potencialmente serio con su perro, no dude en buscar una buena asistencia profesional. En realidad, hay muy poco que sea intuitivo en el trato y el adiestramiento de un perro, especialmente en el caso de un animal con un serio problema de conducta, y no existe nada capaz de sustituir a un buen adiestrador que pueda ayudarle de forma individualizada. Del mismo modo que no trataría de aprender a jugar al ba-

loncesto leyendo un libro, si se enfrenta a un problema de conducta con su perro busque un adiestrador que sea bueno y tenga experiencia. No se sienta avergonzado, como suele hacer la gente que viene a verme. No conozco a nadie a quien le resulte humillante llevar el coche al mecánico. Por otra parte, al igual que sucede con los mecánicos, entre los adiestradores hay una enorme variedad en lo que respecta a profesionalidad y ética. Asegúrese de dar con alguien que conozca a fondo la utilización del refuerzo positivo y que trate a usted y a su perro con la misma amabilidad. Y no dude en hablarle a su veterinario de la salud de su perro. A veces los problemas de conducta son la consecuencia de trastornos físicos.

Y por último, una nota a los lectores: en lugar de utilizar «él» exclusivamente o de referirme de manera un tanto artificiosa a «él y ella» cuando hablo de los perros en general, a lo largo del libro he usado «él» y «ella» según el caso y luego en las generalizaciones he utilizado sólo «él». Sencillamente, es más simple, y tanto en la escritura como en el adiestramiento de perros lo más simple casi siempre es lo mejor.

## INTRODUCCIÓN

*A esa hora del crepúsculo resultaba difícil decir con exactitud qué eran los dos bultos oscuros que se veían en la autopista. Mientras circulaba a ciento treinta kilómetros por hora por la autopista interestatal, entre una camioneta y un coche con remolque que iba detrás de mí, me sentía feliz de regresar a casa después de haber estado en un concurso de perros pastores. Pero a medida que las formas oscuras iban acercándose mi estado de serenidad se fue desvaneciendo. Los bultos eran perros, todavía vivos, al menos por el momento. Como salidos de una película de Walt Disney, un viejo golden retriever y un adolescente cruce de heeler entraban y salían corriendo de la autopista, sin tener conciencia del peligro. Años atrás había visto a un perro golpeado en la cabeza por un coche que lo atropelló y la imagen me acompañó durante mucho tiempo. La repetición del accidente parecía ahora inevitable.*

*Salí de la autopista y aparqué detrás de un camión. Unos amigos que regresaban del concurso igual que yo e iban delante de mí también habían visto a los perros. Intercambiamos unas miradas aterradas y corrimos hacia los perros desde el lado de la autopista en que nos encontrábamos, mientras los animales atravesaban los carriles absolutamente inconscientes de lo que estaba pasando. Parecían unos perros sociables, acostumbrados a la gente, tal vez incluso felices de ver algo con patas en lugar de neumáticos. El tráfico era intenso y veloz en los cuatro carriles y el ruido*

*de los vehículos resultaba ensordecedor; no había manera de conseguir que los perros pudiesen oír lo que les decíamos. Y en el momento más inoportuno, los perros comenzaron a atravesar la autopista en dirección a nosotros. Extendimos los brazos como los guardias de tráfico con la esperanza de detenerlos y finalmente lo conseguimos. Si no se hubiesen detenido, un segundo después un camión con tráiler los habría atropellado. Permanecimos allí unos instantes, petrificados por el susto. La responsabilidad de hacer lo correcto, de intervenir de una manera que les salvase la vida en lugar de asegurarles la muerte, pesaba como una losa sobre nuestras espaldas.*

*En una pausa del tráfico, los «llamamos» mediante gestos con el propósito de que se animaran a llegar hasta nosotros: inclinamos el torso y apartamos el cuerpo hacia un lado incitándolos a unirse a nosotros. A continuación nos giramos y los detuvimos como si fuésemos guardias de tráfico al comprobar que los coches del carril contiguo asomaban por la colina a tanta velocidad que tuve la certeza de que los matarían. Esa danza silenciosa continuó por un espacio de tiempo que parecía interminable; nuestros cuerpos se movían de un lado a otro y esos movimientos eran nuestro único medio de comunicación a través del ruido del tráfico. Los perros, inconscientes del peligro, avanzaron hacia nosotros, pero luego se detuvieron y dieron marcha atrás mientras nuestros cuerpos se movían para indicarles cuándo tenían que avanzar y cuándo tenían que pararse.*

*Eso, además de muchísima suerte, bastó para salvarlos. Al mostrarles las palmas de las manos con los brazos extendidos pudimos detener a los perros e inclinando el torso y ladeándolo conseguimos que avanzaran hacia nosotros. Sin correa, sin collares y sin control; sólo con el efecto de nuestros cuerpos comunicando «ven» y «detente» al girar el torso. Sigo sin entender por qué lo hicieron. Pero lo hicieron. Me sentiré eternamente agradecida por el grado de reacción de un perro ante las señales visuales adecuadas.*

Todos los perros son geniales a la hora de percibir el más mínimo de nuestros movimientos y suponen que cada gesto, por insignificante que sea, tiene un significado. Si nos detenemos a pensarlo, es lo mismo que hacemos los humanos. ¿Recuerda ese minúsculo giro de la cabeza que le llamó la atención cuando se citó con alguien? Piense en lo poco que deben moverse los labios para transformar una dulce sonrisa en una risita burlona. ¿Cuánto debe alzarse una ceja para cambiar el mensaje que nos transmite la expresión del rostro al que pertenece, un milímetro?

Tal vez le parezca que trasladamos automáticamente este conocimiento común a las interacciones con nuestros perros, pero no es así. En general, no somos conscientes de lo que hacemos con nuestros perros. Parece que es una característica muy propia de los humanos no saber qué estamos haciendo con nuestro cuerpo, no ser conscientes del lugar en que se encuentran nuestras manos o de que inclinamos la cabeza. Los humanos emitimos señales al azar como un semáforo enloquecido mientras nuestros perros nos observan en medio de una gran confusión, abriendo los ojos como los perros de los dibujos animados.

Estas señales visuales, como el resto de nuestras acciones, tienen una profunda influencia sobre lo que hacen nuestros perros. La personalidad y la conducta del perro se definen en parte por la personalidad y la conducta de los humanos. Por definición, los perros domésticos comparten su vida con otra especie: nosotros. Y por ese motivo éste es un libro para los amantes de los perros, pero no únicamente un libro sobre perros. Es también un libro sobre las personas. Es un libro sobre las semejanzas y las diferencias que tenemos con nuestros perros.

La especie humana tiene muchas cosas en común con los perros. Si se analiza la amplia variedad de la vida animal en su conjunto, desde los escarabajos hasta los osos, se

constata que los humanos y los perros presentan más similitudes que diferencias. Igual que los perros, producimos leche para nuestras crías, que crecen, juegan y aprenden con otras crías. Nuestros bebés deben aprender muchas cosas mientras se desarrollan, cazamos en grupo, nos entregamos a juegos absurdos incluso siendo adultos, roncamos, arañamos, parpadeamos y bostezamos cuando nos aburrimos. A continuación, transcribo lo que dijo Pam Brown, una poeta de Nueva Zelanda, sobre las personas y los perros en su libro *Bond for Life*:

*El género humano siente atracción por los perros porque se nos parecen mucho: son torpes, cariñosos y atolondrados, caen fácilmente en la decepción, se muestran ansiosos por divertirse y responden con agradecimiento al trato afable y a la más mínima atención.*

Estas similitudes permiten a los miembros de dos especies diferentes convivir bajo el mismo techo, compartir las comidas, el esparcimiento e incluso el alumbramiento<sup>[1]</sup>. Muchos animales viven en estrecha relación con otros, pero nuestro grado de conexión con los perros es profundo. Casi todos hacemos ejercicio con nuestros perros, jugamos con ellos, comemos a la misma hora que ellos (y a veces la misma comida) e incluso dormimos con ellos. Algunos dependemos de nuestros perros para nuestro trabajo. Los criadores de ovejas y los dueños de las granjas lecheras necesitan a sus perros tanto o más que a sus máquinas o a sus sistemas de alimentación de alta tecnología. Sabemos que los perros enriquecen la vida de muchos de nosotros brindando alegría a millones de personas en todo el mundo. Los estudios incluso demuestran que la compañía de estos animales disminuye la probabilidad de sufrir un segundo ataque cardíaco. No es a cambio de nada que soportamos

que dejen pelos por toda la casa, que ladren y que debamos recoger sus excrementos de las aceras.

Y ahora piense en lo que hemos hecho por los perros. El *Canis lupus familiaris*, el perro doméstico, es actualmente uno de los mamíferos más afortunados de la tierra gracias a que hemos unido su suerte a la nuestra. Se ha calculado que hay unos cuatrocientos millones de perros en el mundo. Muchos perros occidentales comen alimentos orgánicos, acuden a quiroprácticos caninos y a centros de asistencia diurna para perros y destrozan al año juguetes expresamente destinados a ellos que en conjunto cuestan millones de dólares. Por eso decimos que hoy en día constituyen una especie afortunada.

Pero también tenemos nuestras diferencias. Los humanos no nos deleitamos revolcándonos en el estiércol de las vacas. Ni tampoco nos comemos la placenta de los recién nacidos. Por suerte, no nos saludamos oliéndonos el trasero unos a otros. Mientras los perros viven en un mundo de olores, los humanos somos químicamente analfabetos. En parte debido a estas diferencias, los humanos y los perros suelen comunicarse mal y las consecuencias pueden ser desde ligeramente irritantes hasta peligrosas. Esta incapacidad para comunicarse procede en cierta medida de la falta de comprensión por parte del dueño del comportamiento del perro y de la manera en que los animales aprenden; por ese motivo animo a todos los amantes de los perros a que lean sobre el adiestramiento de estos animales. El adiestramiento de perros no es algo intuitivamente obvio y cuanto más se aprenda, más fácil y divertido resultará.

Sin embargo, parte de esta mala comunicación no sólo tiene su origen en la ignorancia sobre la manera de adiestrar a un perro, sino que también se debe a diferencias fundamentales entre el comportamiento de dos especies. Después de todo, los perros no son el único animal que participa en la relación. Los humanos que estamos en el otro extremo de la correa también somos animales con nuestra

propia carga biológica de comportamiento, que hemos ido acumulando a lo largo de nuestro desarrollo evolutivo. No llegamos al adiestramiento de un perro partiendo de cero, como tampoco lo hacen los perros. Tanto los perros como los amantes de los perros han sido forjados por nuestros antecedentes evolutivos individuales y lo que cada uno aporta a la relación comienza con la herencia de nuestra historia natural. Aunque nuestras similitudes crean un vínculo asombroso, cada uno habla su propio «idioma» y es mucho lo que se pierde con la traducción.

Los perros son cánidos, la familia que incluye a los lobos, los zorros y los coyotes. En términos genéticos, los perros son pura y simplemente lobos. Los elementos comunes entre el ADN de los lobos y el de los perros son tantos que resulta casi imposible distinguirlos genéticamente. De hecho, los lobos y los perros pueden cruzarse y sus crías serán tan fértiles como sus padres<sup>[2]</sup>. Al estudiar el comportamiento del lobo aprendemos lo que significa que nuestros perros agachen las orejas o se lamen la cara. Los lobos y los perros se comunican con los integrantes de su manada con el mismo conjunto de posturas que transmiten sumisión, confianza o amenaza. Si alguna vez vio a un lobo o a un perro inmóvil y erguido, gruñendo con todas sus fuerzas y mirándole directamente a los ojos llegará a la correcta conclusión de que ese mismo mensaje está siendo transmitido por cada uno de ellos. Por lo tanto, en cierto sentido los perros son lobos y es mucho lo que se puede aprender sobre un perro estudiando a un lobo y su manada.

Pero en otro sentido, y muy importante, los perros no son lobos en absoluto. Los perros domésticos no son tan esquivos como los lobos, son menos agresivos que ellos, es menos probable que anden errantes y son mucho más aptos para el adiestramiento. No se ve a mucha gente que utilice híbridos de lobo y perro para pastorear ovejas. Como bióloga y propietaria de una granja de ovejas, puedo asegurar que no sería recomendable. En realidad, los pe-

ros se comportan como lobos infantiles, lobos que nunca crecen, y en el Capítulo 5 hablaremos sobre lo que podría haber sucedido. Lamentablemente, en las últimas décadas las creencias populares acerca de los lobos y los perros han simplificado de manera excesiva estas similitudes. Tal vez eso fue lo que motivó a Raymond y Lorna Coppinger, en su libro *Dogs*, a hacer hincapié en las diferencias entre los perros y los lobos. En la introducción de su libro dicen: «Los perros pueden estar estrechamente relacionados con los lobos, pero eso no significa que se comporten como lobos. Los humanos estamos estrechamente relacionados con los chimpancés, pero eso no nos convierte en una subespecie de chimpancé, ni significa que nos comportemos como chimpancés».

Esto me recuerda la descripción de un vaso como medio lleno o medio vacío. Las dos observaciones son correctas, sólo que cada una de ellas enfatiza una perspectiva diferente. Mi interpretación es que *ambas* perspectivas son esenciales y, por lo tanto, sostengo que resulta provechoso considerar los elementos comunes y las diferencias que existen entre los lobos y los perros. Y esto también se aplica a nuestro propio comportamiento. En muchos aspectos nos comportamos como chimpancés y, por supuesto, en otros no lo hacemos.

Durante años a los científicos les ha parecido provechoso «comparar y contrastar» el comportamiento humano con el de otros primates. A partir de libros de gran difusión como *El mono desnudo* y *El tercer chimpancé* hasta los académicos como *Herramientas, lenguaje y conocimiento en la evolución humana*, durante muchas décadas los científicos han considerado a los humanos como primates. Es una cuestión clave en los campos de la antropología física, la antropología cultural, la etología y la psicología comparativa. Y eso no ha ocurrido sólo en las universidades: la tribu oubi de Costa de Marfil consideraba a los humanos y a los chimpancés como los descendientes de dos hermanos, lo

cual nos convertiría en primos. Sin duda, no es una mala analogía biológica, puesto que los humanos y los chimpancés compartimos aproximadamente el 98 por ciento de nuestros genes. En una encantadora ironía, la tribu imaginaba al hermano «guapo» como el padre del género humano, mientras que el hermano «listo» sería el padre de los chimpancés.

Es mucho lo que podemos avanzar si nos vemos como los primates susceptibles, juguetones y teatrales que somos. Podemos ser un animal diferente a todos los demás, con aptitudes intelectuales que son como mínimo asombrosas, pero seguimos atados a muchas de las leyes de la naturaleza. Nuestra especie y especies cercanas a nosotros como los chimpancés, los bonobos<sup>[3]</sup>, los gorilas y los babuinos tienen tendencias inherentes a comportarse de determinadas maneras. Los chimpancés y los bonobos no construyen estadios, no utilizan notas autoadhesivas ni escriben libros sobre sí mismos, pero a pesar de todas nuestras diferencias, las similitudes son mayores. Por ejemplo, existen semejanzas sorprendentes entre las posturas y los gestos de los chimpancés, los bonobos y los humanos, todos los cuales se relacionan con sus congéneres mediante besos, abrazos e incluso apretones de mano.

Al recordar nuestra herencia de primates no trato de reducir la importancia de nuestro estatus único como seres humanos. Somos únicos, hasta el punto de que es razonable hablar de «humanos y animales» en lugar de «humanos y otros animales». Con independencia de que se considere que es un don de Dios o algo impulsado por la selección natural (o ambas cosas), somos tan diferentes a todos los demás animales que merecemos estar en nuestra propia categoría. Pero por diferentes que seamos, nuestra vinculación con los demás animales sigue siendo importante. Cuanto más profundizamos en nuestros conocimientos sobre biología, más descubrimos lo cercanos que realmente estamos a otras especies. Los chimpancés, los bonobos y

los humanos son animales inteligentes con sistemas sociales complejos que tienen largos periodos de aprendizaje y desarrollo, que exigen una enorme inversión por parte de los padres y que tienden a comportarse de determinadas maneras en ciertos contextos, aunque los humanos no sean conscientes de ello. Por ejemplo, las tres especies tienen tendencia a repetir notas cuando están excitadas, a emitir ruidos fuertes para impresionar a los demás y a destrozar lo que esté a su alcance cuando se sienten decepcionadas. Este comportamiento no tiene el más mínimo efecto en nuestras interacciones con los perros, quienes a pesar de algunos ladridos y gruñidos, la mayoría de las veces se comunican visualmente, para impresionar a los demás se quedan en silencio y están demasiado ocupados en mantenerse sobre sus patas como para hacer otra cosa con ellas.

Existen numerosos ejemplos sobre la manera en que esta herencia conductual puede generar problemas en nuestras relaciones con los perros. Por ejemplo, a los humanos nos encanta abrazar. En los estudios sobre los primates este acto recibe el nombre de contacto «ventral-ventral», y a los chimpancés y a los bonobos también les gusta. Abrazan a sus crías y sus crías los abrazan a ellos. Los chimpancés adolescentes se abrazan unos a otros y lo mismo hacen los chimpancés adultos cuando se reconcilian después de un conflicto. Las madres gorila y sus crías son muy aficionadas a los abrazos. Nunca olvidaré la ocasión en que escuché a la bióloga Amy Vedder relatar la experiencia que vivió una vez que entró a una cabaña en la que una cría de gorila aterrorizada se hallaba acurrucada en un rincón<sup>[4]</sup>. Amy, que había observado a los gorilas durante años, imitó perfectamente la vocalización con que los gorilas se saludan. El joven gorila, enfermo y atemorizado, se arrastró por la cabaña hasta quedar frente a Amy; entonces se irguió y le rodeó el torso con sus largos brazos. Tal como un niño perdido abrazaría a su madre, para el gorila era algo natural abrazar a Amy, como lo fue para ella devolverle el abrazo. La ten-